

EL DEVENIR POLITICO NORTEAMERICANO

El estudio y determinación de los elementos que influyen en el probable desarrollo político futuro de los Estados Unidos de Norteamérica es algo del mayor interés, especulativo y práctico a la vez, para cualquiera que sienta curiosidad por las tendencias que impulsan la política contemporánea.

De interés especulativo porque, a nuestro juicio, se asiste a una etapa definida del proceso político de un país, con el nacimiento de nuevas fuerzas a las que sus instituciones tradicionales y sus viejas costumbres políticas parece que no responden (1), prestando cauce adecuado; y este difícil proceso de adaptación, que ocurre ante nuestros ojos, permite unos pronósticos y juicios anticipados cuyo fundamento la experiencia se encargará de demostrar, tal vez en pocos años, con unas realidades tangibles que serán el mejor juez de unos pronósticos teóricos.

De interés práctico porque los Estados Unidos de Norteamérica influyen decisivamente, y seguramente influirán todavía más si cabe, en la política del mundo actual; tanto en la interior de los pueblos, por mimetismo, penetración económica, ideológica, cultural, técnica, como en la exterior, al ser el centro convergente de la política internacional que se opone al comunismo moscovita.

La posible determinación de los elementos esenciales que influyen en el desarrollo, en el devenir político norteamericano, servirá así como base, de gran interés informativo, para cualquier político o diplomático que por su oficio tenga que actuar al servicio de su país.

Esta nota no pretende contener en todo caso más que unas someras consideraciones generales, con la ambición de llamar la atención sobre varios aspectos del posible devenir político norteamericano, por si la

(1) Este proceso decadente de las actuales instituciones norteamericanas se estudia con gran penetración por M. FRAGA IRIBARNE en *Información Jurídica*, núm. 88, septiembre 1950. Recensión en el núm. 55 de la *Revista de Estudios Políticos* (págs. 214 y 215).

materia mereciese realmente la pena de que fuese tratada por plumas a la altura de un tema que parece de tanto interés.

* * *

El panorama general norteamericano da la impresión de un país en trance de maduración rápida (tesis optimista) o de envejecimiento precoz (tesis pesimista).

Nos inclinamos a creer que es un proceso de maduración (2), que al parecer se desarrolla a ritmo acelerado. Elemento interno e importante de tal proceso es la desaparición de la elasticidad económica indefinida que antes, en el siglo pasado, caracterizaba a los Estados Unidos. Era el país de las oportunidades para todos, de los autodidactos, el país de los yacimientos inagotables, el del lejano Oeste con sus praderas y tierras de labor que ansiosas esperaban el dueño y el arado que las había de fecundar (3).

Actualmente esa capacidad elástica de la economía norteamericana está en vías de agotarse (4).

Los Estados Unidos se han convertido en un país que desde el punto de vista económico, según todos los indicios, se encuentra cristalizado, o a punto de cristalizar.

Esta cristalización económica lleva consigo una importante consecuencia político-social: una mayor rigidez y dificultad en el cambio entre sí de los componentes de las distintas capas sociales y la incrementada cohesión de la clase trabajadora que ve más dificultoso su acceso a capas superiores. Las oportunidades para elevarse en la escala social son más escasas. La organización suple al industrial u hombre de empresa aislado, que todo se lo debe a sí mismo y a su esfuerzo personal; y el técnico, rigurosa y científicamente preparado, sustituye al autodidacto.

Debe subrayarse esta cristalización social y la conciencia que las clases trabajadoras van tomando de su existencia como tal, tendiendo a gravitar de manera importante en la política y con una marcada incli-

(2) No compartimos la opinión de los que creen que el actual proceso norteamericano es más de envejecimiento que de maduración.

El vigor que muestra Norteamérica en su aspecto técnico, su espíritu de curiosidad e interés por lo que ocurre fuera de sus fronteras, que a veces parece teñido incluso de impertinentes reminiscencias de misionero protestante y puritano, sus modos sociales rudos y hasta groseros si se quiere, y, sobre todo, su empuje y presión decidida en la vida internacional, frente al «espíritu de dimisión» (frase de François Mauriac) de grandes pueblos europeos, atestiguan un vigor y exuberancia incompaginables con un proceso de envejecimiento senil, lo que no quiere decir que esta maduración a que asistimos no pueda degenerar rápidamente en un envejecimiento precoz.

(3) Este aspecto del fin de la elasticidad económica norteamericana se deduce claramente del libro del economista K. E. BOULDING, *La economía de la paz* (traducción de G. GUASP), publicado por la «Revista de Occidente».

(4) Entendemos por universitario norteamericano no sólo al abogado, al médico, al investigador, sino al ingeniero, al comerciante y hombre de empresa formado en la «business-school».

nación a hacerlo específicamente y no encuadrado en los antiguos partidos históricos, demócrata y republicano (5).

Es curioso porque esa irrupción de lo social-económico en el campo de la política (6), y a lo que por cierto en sus aspectos nacional y mundial tan reiterativamente se ha referido el Jefe del Estado español, es un típico síntoma de pueblo que ya ha pasado su juventud, como lo son los europeos.

Frente a ese elemento básico interior, que es el fin de una elasticidad económica que ha alcanzado prácticamente sus límites, un elemento exterior, el comunismo moscovita, influye y condiciona el devenir político norteamericano en un aspecto al que no parece haberse prestado gran atención, cuando a nuestro juicio la merece y muy grande.

Nos referimos al nacimiento y perduración de los Estados Mayores Militares, de existencia obligada en esta etapa, que nos atrevemos a calificar de claramente pre-bélica y obligada por el expansionismo soviético y, también (todo debe decirse), por la cortedad de vista de los políticos, en especial de F. D. Roosevelt y de su equipo, que no supieron hacer política, digna de tal nombre, durante la guerra última (7) frente a un enemigo tenaz y tan inteligente como cazurro que sí sabía hacer «su» política. Ahora los políticos han de pechar con la herencia de Teherán y Yalta y especialmente con las concesiones gratuitas hechas a Stalin en la ocupación del Este de Europa y de Manchuria, abandono de Chiang-Kai-Chek y entrega de Corea hasta el famoso paralelo 38.

Al decir «Estados Mayores Militares» con esas tres palabras pretendemos comprender no sólo a los mandos militares especializados del Estado Mayor típico, sino al conjunto de éstos y de los cuadros directores de los tres Ejércitos, Tierra, Mar y Aire, reunidos actualmente bajo el mando unificado del Estado Mayor Combinado norteamericano.

(5) Una muestra de la importancia de los Sindicatos obreros la da su participación como tales en la organización para la total movilización económica de Norteamérica que dirige el anabaptista Charles Wilson, y en cuya organización, con el nombre de Comité Unificado de Política Laboral (*United Labor Policy Committee*), se incluye a los dirigentes de la C. I. O. (*Congress of Industrial Organizations*, Unión de Organizaciones Industriales), A. F. L. (*American Federation of Labor*, Federación Americana de Trabajadores) y a los de los maquinistas y trabajadores de ferrocarriles.

Estos dirigentes obreros ya han presentado serias dificultades al movilizador económico CHARLES WILSON, con motivo de sus disposiciones para congelación de salarios, a fin de evitar la inflación. Aspiran a una mayor intervención en la distribución de la mano de obra (*Time*, págs. 7 y 8, del 12-III-1951).

El peso de los votos obreros de la A. F. L. y de la C. I. O. fueron la causa decisiva de la victoria de Truman en octubre de 1948, dibujándose ya entonces la aparición de los Sindicatos obreros como fuerza política independiente de los dos partidos tradicionales.

(6) En este concepto general de la política debe incluirse, desde luego, la internacional. En tal aspecto la importancia y peso de los trabajadores en Norteamérica se reconoce de manera explícita en el artículo *Labor's Role in World Affairs*, del asesor laboral del Departamento de Estado, B. WISMAN, cuya recensión figura en el núm. 54 de la «Revista del Instituto de Estudios Políticos» (págs. 269 a 273).

(7) Los graves errores en política exterior de F. D. Roosevelt están resumidos sintéticamente y descarnadamente en la amplia recensión e incisivos comentarios sobre el libro de su hijo ELLIOT, *As He saw it*, por Antonio DE LUNA («Revista de Estudios Políticos», núm. 29-30, páginas 362 a 385).

Estimamos que la consolidación y permanencia de tales «Estados Mayores Militares, en el sentido antes expuesto, señala una nueva e importantísima etapa en la historia política norteamericana y que marca nuevos rumbos, al nacer una fuerza potente, hasta ahora desconocida en el juego político norteamericano, que seguramente tenderá a dominar el escenario de la política (8).

Dos guerras muy próximas, la del 14 al 18, la del 39 al 45, han incubado de manera próxima el nacimiento de los «Estados Mayores Militares». El estado de pre-guerra actual, el fatal y muy previsible conflicto próximo, los fortalecen y consolidan.

La continuidad de la tarea de los «Estados Mayores Militares»; la permanencia de su personal; la rigurosa educación del carácter que perfila al militar y le distingue de sus conciudadanos civiles; el contacto con los problemas reales, acuciantes y concretos de las guerras que dejan poco espacio al pensamiento especulativo en cuanto puramente tal y obliga a la acción urgente e inmediata; la dura escuela que es la batalla con la muerte de jefes, compañeros, soldados, y la posibilidad de la propia; deja todo ello una huella de severidad, dureza en el cumplimiento del deber y sentimiento de inexorabilidad en la consecución de fines, que auguran una crisis de las instituciones políticas norteamericanas que tal vez se muestren incapaces de resistir el impacto de la nueva fuerza, imposible por otra parte de disolver y ni aun debilitar, por cuanto se precisa para hacer frente a la crisis guerrera que se avecina, según todos los indicios (9).

(8) Que esta fuerza apunta con carácter autónomo es síntoma la censura de H. J. MORGENHAU en su artículo *The Conduct of American Foreign Policy*, publicado en «Parliamentary Affairs» (núm. 1, 1949), al observar la difícil situación en que el Departamento de la Marina de Guerra puso al de Estado con la visita de unos buques de guerra a España en septiembre de 1946, acordada por el primero no obstante las reservas del segundo. (Revisión en la «Revista de Estudios Políticos», tomo 50, págs. 278 a 280.)

Actualmente es innegable el peso del Departamento de Defensa y el del Estado Mayor Combinado, respaldado por los tres Ejércitos de Tierra, Mar y Aire, en la formulación de la política exterior norteamericana; y contra lo que pudiera creerse por un análisis superficial de los hechos, los ceses de figuras militares tan destacadas como el general Mac Arthur en el Japón, ahora, y antes el general Clay en Alemania, no significan el fin de la política que preconizaban; las figuras cambian, pero las incambiables necesidades militares obligan a que los sustitutos se vean precisados a mantener opiniones parecidas, que determinan y condicionan, no las personas, sino las acuciantes realidades de ocupaciones militares, guerras o inmediatas preparaciones de guerra.

(9) Esta preparación militar y económica de preguerra se deduce claramente del mensaje del Presidente Truman pronunciado el 8 de enero último ante el 82 Congreso de los Estados Unidos.

En dicho mensaje figuraban pasajes tan significativos como los siguientes: «Los dirigentes soviéticos nos han mostrado claramente que no nos basta tener de nuestra parte la razón, sino que precisamos tener fuerza. Si continuamos aumentando nuestro vigor, como venimos haciendo, es posible que los dirigentes soviéticos vean más claro y abandonen sus planes de dominación universal»; en consecuencia, dijo más adelante, «aquí, dentro del país, hemos de realizar algunas obras muy grandes. Estamos creando una fuerza militar mucho más vigorosa, y lo estamos haciendo rápidamente. Nos preparamos para la movilización total de tiempo de guerra por si su realización resultara necesaria, y estamos creando una fuerte y creciente economía, capaz de resistir cualquier esfuerzo que se haga necesario por todo el tiempo que se precise. Vamos a producir todas las armas y equipos que la proyectada fuerza armada precise, y además producirémos armas para nuestros aliados, sin olvidar nuestras propias necesidades para reservas. Aparte de esto, crearemos la capacidad necesaria para producir en breve tiempo

Otros tres motivos, dos positivos y uno negativo, concurren en favor de los «Estados Mayores Militares». Son los primeros la victoria y ocupación del territorio enemigo. Es el negativo la insuficiencia de las figuras políticas, alimentadas de conceptos doctrinarios anticuados y archipasados (10), frente a una era nueva que urge doctrinas con raíces sociales y económicas, más fáciles de percibir a veces en el fragor del conflicto armado que en vanas y teóricas discusiones políticas, más bizantinas que eficaces.

La victoria y ocupación de los territorios enemigos obra en favor de los Estados Mayores Militares por el prestigio que logran cerca de la masa, más impresionable ante las tangibles victorias militares que ante los discursos políticos; pero al mismo tiempo las ocupaciones del territorio enemigo (11) acostumbran a los Estados Mayores Militares a ejercer funciones eminentemente políticas, adquiriendo unas facultades que la historia enseña tienden a utilizar luego en su propio país. Unanse prestigio y facultades y la consecuencia es obvia, si frente a tales elementos positivos se presenta el negativo de políticos, profesionales por decir así, con altura insuficiente y si el país, como suele ocurrir, se encuentra con crisis, en que las post-guerras son fértiles y que quedan como resaca inevitable, que exigen hombres prácticos con apego a mandar y conciencia y deseo de servir a la vez.

las armas y suministros en general que se puedan precisar para una guerra de gran envergadura. (Los subrayados son nuestros.)

Que las frases del mensaje son algo más que palabras, lo demuestra el presupuesto proyectado para 1951-52, que ascenderá a 71.595 millones de dólares, de los cuales 41.421 serán para gastos militares.

A las seis semanas del mensaje de Truman, su colega en fe anabaptista Charles Wilson, jefe de la Movilización Económica Norteamericana, hizo público el 23 de febrero un informe por el que se sabe que están próximas a lograrse cifras de producción de armas tan ingentes como 35.000 tanques y 200.000 motores de aviación al año.

Estas cifras son suficientemente elocuentes y respaldan sobradamente el mensaje de Truman. (10) Lapidariamente, el eminente profesor y estadista Dr. OLIVEIRA SALAZAR calificó a la oposición contra su régimen del «Estado Novo», alimentada de los manidos tópicos liberales decimonónicos, de «archipasada por las ideas y realidades de nuestro tiempo, y pertenece —sombras vagas y errantes— a un pasado que no puede resucitar» (*Mi testimonio*. Discurso en Oporto del 7 de enero de 1949).

Pero las archipasadas ilusiones de los doctrinarios no sólo se dan en Portugal y Europa. En un recentísimo libro, *The China Story*, por FRED A UTLEY, según la reseña que figura en «Time» (21-V-51, pág. 25), a su final se dice: «Las ilusiones mueren difícilmente, especialmente cuando el mantenimiento de las reputaciones depende de aquéllas, y los que dirigen la política exterior de los Estados Unidos todavía viven de ilusiones...; al final se han vuelto contra la Rusia soviética, debido a su clara e implacable hostilidad contra los Estados Unidos; pero... una secreta y persistente creencia de que el comunismo es una fuerza del progreso, aunque ahora pervertida por Stalin, todavía impide la adopción de medidas realistas en la política para el Extremo Oriente.»

(11) Haremos notar que jefes de territorios enemigos ocupados fueron el general Clay, antiguo Comandante en Jefe de la zona de ocupación norteamericana en Alemania, y Mac Arthur, en el Japón, y precisamente, al referirse a ambos, dice significativamente H. J. MORGENTHAU en su artículo *The Conduct of Foreign Policy*, publicado en «Parliamentary Affairs» (núm. 1, 1949): «Los generales Clay, en Alemania, y Mac Arthur, en el Japón, han seguido también su propia política, no quedando apenas otro remedio al Departamento competente (el de Estado) que su ratificación.» (Recensión en el tomo 50 de la «Revista de Estudios Políticos», página 280.)

Insistimos en nuestra opinión de que el cese de ambos generales no significa la desaparición de los principios por ellos sostenidos y originados por necesidades reales y acuciantes de sus tareas de ocupación y mando político-militar.

Al lado de los Estados Mayores Militares, aunque de importancia notoriamente inferior, pero en ningún caso despreciable, debe considerarse la tendencia a la constitución de cuadros burocráticos permanentes en los Estados Unidos que arrumban por ineficiencia el «spoils system», o designación arbitraria de funcionarios por los políticos de turno, que antes era norma y que la antigua sencillez de la organización del Estado Federal con sus escasas necesidades y problemas toleraba sin grave daño.

Es decir, que actualmente los Estados Unidos se encuentran con la permanencia de dos fuerzas casi desconocidas y desde luego de poca importancia antes, prepotente sobre todo ahora una de ellas.

Y a ellas se une el factor social, las poderosísimas organizaciones sindicales que gravitan con mayor poder político específico cada vez y que tienden a salirse del marco clásico de «demócratas» y «republicanos».

Se ve así en regresión lo puramente político en lo que la palabra tiene de menudo y de signo democrático decimonónico. Síntoma claro es la inhibición y cada vez menor participación del ciudadano norteamericano en las elecciones de su país (12).

Por otro lado, de una parte las necesidades de un duro estado de guerra y de otra la corta vista de muchos políticos vienen cavando la tumba de las instituciones, al barrenarlas en su esencia doctrinal misma.

Tal vez en este último aspecto uno de los más graves errores cometidos haya sido el de los llamados procesos de Nuremberg.

Aparte su endeble base jurídica, si benévola puede creerse que existiese alguna, se sentó el gravísimo precedente de juzgar y condenar a los altos mandos militares enemigos por el supuesto delito de no haberse revelado contra órdenes superiores de los políticos que con arreglo a las leyes e instituciones políticas de su país les mandaban. Es decir, se condenó a militares por obedecer y cumplir órdenes de sus superiores civiles.

Si se tiene en cuenta que el aparato institucional democrático se basa en el principio de la obediencia ciega de los mandos militares a lo que pomposamente se suele llamar en Francia «poder civil», se ve la paradoja que significa condenar a militares enemigos por *no desobedecer* órdenes legítimas desde el punto de vista formal y jurídico, cuando se prevén severos castigos en los propios códigos al Mando Militar que se atreva a *no obedecer* las órdenes que formal y jurídicamente sean legítimas.

Dos nombres servirán para mostrar la paradoja: el gran almirante

(12) Es sintomática la elección presidencial de noviembre de 1948, por la que resultó elegido el Presidente Truman. Votó tan sólo el 45 por 100 del censo electoral, absteniéndose, por tanto, el otro 55 por 100, o sea la mayoría.

En tales elecciones el citado porcentaje de abstenciones fué el más alto registrado en la historia electoral de los Estados Unidos, y de 95 millones de votantes, sólo ejercieron su derecho algo más de 43 millones, absteniéndose unos 52 millones, que de esta forma mostraron su completa indiferencia respecto al primer magistrado que había de regirles.

Raeder, distinguido oficial de Marina alemán a quien en conciencia no se puede acusar de haber faltado a las tradicionales leyes del Honor Militar y de la Guerra, juzgado y preso como consecuencia del proceso de Nuremberg, por haber hecho la guerra naval con arreglo a las instrucciones de los políticos nacional-socialistas, entonces de turno en su país. El general Mac Arthur, recientemente destituido por tener opiniones propias de cómo resolver un problema militar a él encomendado, que por su altura exigía decisiones de gran política, y por no coincidir sus ideas con las de los políticos de turno en su país.

Otro gran principio mítico que se resquebraja, para hacer frente a la insidiosa penetración comunista, es la llamada libertad de opinión. La creación de las «Juntas de Lealtad», de acuerdo con el Programa de Lealtad del Presidente, establecido por la Orden ejecutiva núm. 9.385 de 21 de marzo de 1947 y la Ley núm. 9.490, aprobada el 23 de septiembre de 1949, para reprimir actividades subversivas, que ordena, entre otras cosas, un estrecho control ideológico de todos los obreros, funcionarios y empleados en organismos del Gobierno, fábricas de producción de guerra y atómicas, son golpes espectaculares que dejan muy maltrecha esa llamada libertad de opinión.

No pretendemos con las someras consideraciones antedichas convencer a nadie de que las instituciones políticas tradicionales norteamericanas están llamadas a desaparecer en plazo próximo.

Es hasta posible que perduren; pero muy posiblemente sin la sustancia que antes las inspiraba. Formalmente serán las mismas; esencialmente el espíritu que las mueva será distinto.

Para ponerlo en pocas palabras creemos que los fenómenos que se dibujan en Norteamérica abren camino a un cesarismo de formas concretas difíciles de profetizar; pero que aunque formal y miméticamente se adapte a las instituciones norteamericanas tradicionales, de hecho se caracterizará por la concentración de poderes en manos de una sola persona y por el ambiente social-popular que permitirá su constitución y permanencia.

Y tal vez historiadores futuros considerarán como precedente interesante los muchos años de gobierno del Presidente Roosevelt y su concepto excesivamente personal de la política de su país y hasta de la política de los que no eran el suyo (13).

Y pedimos disculpas si con esta opinión ofendemos a algunos demó-

(13) La dependencia de la política exterior norteamericana, y de rechazo la de otros pueblos, de las decisiones secretas y personales de F. D. Roosevelt, se deduce claramente de la muy interesante recensión de Antonio DE LUNA («Revista de Estudios Políticos», tomo 29-30) del libro de Elliot ROOSEVELT, *As He saw it*. En su nota núm. 2 se reseñan los nueve convenios secretos suscritos por F. D. Roosevelt, según A. Sears Henning.

Con respecto al juego arriesgado del citado Presidente norteamericano con la U. R. S. S., según Forrest Davis, él mismo lo había reconocido así. (Recensión de A. DE LUNA, pág. 379 de la «Revista de Estudios Políticos», tomo 29-30.)

cratas entusiastas del popular Presidente, pero la objetividad histórica tal vez algún día nos dé la razón (14).

Ciertamente no creemos como algunos pesimistas que nos encontramos al final de «los» tiempos; pero sí al final de «estos» tiempos; ante una era de la política, en su sentido liberal, decimooctava-decimonónica, ya cadáver, y frente a una pujante era económico-social que se abre paso exigiendo nuevas formas políticas que pueden perfilarse como cesarismos, de cuyo nacimiento tal vez historiadores futuros crean que hemos sido testigos los de esta generación, tan probada por guerras y revoluciones que tan dolorosa y sangrientamente alumbran nuevas formas políticas, conocidas hace ya dos mil años.

Y es posible que uno de esos modernos cesarismos se enraíce en Norteamérica, culminando el desarrollo político del país y cumpliendo el «Manifest destiny» de augurios imperiales tan en voga cien años hace (en 1845) y que hace cien años (anexión de Nuevo Méjico y California en 1848) costó ricos y extensos territorios al país mejicano.

JOSÉ RAMÓN SOBREDO

(14) El casi mítico valor concedido a F. D. Roosevelt, considerado insustituible por tantos demócratas doctrinarios, daba un personalismo a la política, más aún al cesarismo que a la democracia.

De la noticia de libros por J. F. G. C., en la que da una pequeña recensión de la obra de SUMNER WELLES, *Where are we heading?* (págs. 453 a 455 del tomo 29-30 de la «Revista de Estudios Políticos»), se deduce hasta qué extremo se consideraba insustituible el fallecido Presidente.

Al final del artículo *The Conduct of American Foreign Policy*, citado en notas anteriores, también se expresa el anhelo por que la Presidencia sea ocupada por grandes figuras históricas, haciéndose amplios elogios de F. D. Roosevelt.